

MARAÑÓN Y ESPAÑA

POR

JUAN ROF CARBALLO

I

Gran osadía la mía pretender abordar de nuevo este tema, «Marañón y España», después que mi amigo Pedro Laín Entralgo, con su doble autoridad de historiador que domina sus técnicas y de español que viene desde hace muchos lustros escudriñando con pasión en el alma de España, lo ha tratado de manera magistral y completa en su *Vida, obra y persona de Gregorio Marañón*. Corro el peligro—bien lo sé—de todos los osados; de, por atolondrado, volverme más osado todavía de lo que mis fuerzas me permiten. Pero he de ser consecuente. A raíz de la muerte de Marañón, en mi conferencia «Marañón el médico» escribí:

Todo gran clínico establece contacto con capas del alma colectiva que, personificadas en los tipos pintorescos o en las frases agudas, o en la forma de quejarse o de enfermar, entran a diario por las puertas de su consulta. Unos se detienen ahí... Marañón fue en esto más allá. Era médico español y le importaba sobremanera saber qué cosas se escondían tras este sencillo nombre; en una palabra, descubrir qué era eso que podíamos llamar la mismidad hispánica, los peculiares acentos de su pueblo. No era por tanto ajeno a las preocupaciones de otras grandes figuras de su generación, y sobre todo de la anterior, tales como Unamuno, por el que sentía una admiración absoluta y radical, Azorín u Ortega y Gasset. De los cuales nunca podrá decirse hasta qué punto se encontraban a sí mismos a través de la singular contextura del alma hispánica, o hasta cuál trataron de descubrir esta singularísima arquitectura del alma de nuestro pueblo desarrollando su propio pensamiento, esto es, su propia mismidad (1).

En estas palabras mías está en germen una idea que en estos últimos diez años me ha llevado al convencimiento de que la relación que puede tener un gran escritor con su país no queda circunscrita a su amor por él, por sus glorias pasadas o a la preocupación por su futuro. El proceso discurre por cauces mucho más hondos y hasta ahora

(1) «Marañón, el médico», en «Medicina y actividad creadora». *Revista Occidente*. Madrid, 1964.

apenas explorados. En suma, pienso que el hombre, para llegar, a lo largo de su existencia, a las más profundas simas que determinan la continuidad de su persona a lo largo de la vida, ha de bucear en los arcanos que, desde la historia más remota, vienen condicionando la historia de su pueblo, haciendo que se deslice por insospechados vericuetos. Pienso también que esta labor de minería o de prospección histórica se hace, en su parte más valiosa, en forma inconsciente, no como propósito intelectual. Se lleva a cabo, como ya apuntaba en las palabras antes citadas, en tanto el hombre se busca a sí mismo, en apariencia despreocupado de sus antepasados y de las vicisitudes que la historia de su país registra como hechos circunstanciales o pintorescos. Un día, descubre que esto no es así, que lo que ha hecho con su acción, con su palabra, con su labor creadora, es continuar, sin saberlo, un oscuro empuje histórico. Que, en una palabra, buscándose a sí mismo o tratando de encontrar lo que uno mismo es, lo que estamos haciendo es contribuir a que la colectividad en que hemos nacido, en nuestro caso España, vaya también encontrándose en lo más profundo de su ser.

Señala en varios momentos de su estudio Laín cómo Marañón tenía la preocupación de España. En su patriotismo; que divide en dos vertientes: la eufórica o ditirámica y la crítica. El hombre ama a su patria en tanto cumple el doble imperativo del conocimiento y del amor de perfección. Conocimiento de la tierra, de la hazaña pretérita, de la concreta humanidad actual. Amor reformador en el cual Marañón «heredaba la actitud crítica y el afán perfectivo que desde Feijoo, y a través de Moratín, Jovellanos, Larra, Costa, Giner y los hombres del 98, es tradición constante en nuestra historia. La escasez de nuestra producción intelectual y científica, la ausencia de crítica impersonal y rigurosa en nuestros hábitos intelectuales, una religiosidad que propende al abuso inquisitorial, enemiga también de la pesquisa científica, la conversión de la injusticia social en hábito, la hostilidad y envidia frente al que triunfa, la penuria de ternura en el alma hispánica, la deformación del pasado con arreglo a nuestros deseos infantiles de que haya sido de otra manera». Todas estas manquedades, paradójicamente, no alimentaban una complacencia masoquista o destructora; antes bien, servían, de manera curiosa, de raíz al impertérrito optimismo con que Marañón creía en las fuerzas positivas del alma hispánica, bien manifiestas en el labriego y en el hombre humilde que acudía a su consulta del hospital y—¿por qué no también?—en el hombre hispánico prócer que conocía mejor que ninguno, por haber sido muchos de ellos sus compañeros de juegos infantiles.

Laín se da perfecta cuenta de que en el amor de Marañón por los

estudios de la historia de España late también una preocupación personal. La vocación historiográfica de Marañón, nos dice, viene de su preocupación por comprender la vida humana. Recuerda la frase de Marañón: «La tarea de leer libros y documentos históricos es muy parecida a la de leer historias clínicas.» Pero, además, comenta con perspicacia, Marañón, «con arrogancia de hombre seguro de sí mismo y con humildad de médico-historiador primerizo», se aventura a afirmar —en su *Ensayo biológico sobre Enrique IV*— que

...se puede aplicar al conocimiento de ciertos puntos históricos los métodos de la fisiología y de la patología... proyectar la luz de los recientes progresos en la fisiología del carácter y de los instintos humanos, sobre el espíritu y el cuerpo, todavía identificables, en el fondo de sus tumbas, de un rey remoto y de algunos de los que le acompañaron en su paso por la vida (2).

Esta aparente arrogancia ocultaba una natural prudencia y timidez. Esa misma prudencia y timidez con la que, benévolamente, trata de definir la complejísima y tortuosa psicología de Felipe II. Todavía esa poderosa arma de investigación del alma humana que es el método psicoanalítico estaba en mantillas. En varias ocasiones se pronuncia Marañón frente a él, con lógica desconfianza. En el prólogo al libro de Jean Vague *La différenciation sexuelle humaine*, en 1953, reprocha a la obra de Freud que ha faltado en ella «el acento universal que debe tener lo individual para alcanzar su máxima eficacia». No era en esto justo Marañón. Precisamente a partir de unos trabajos de Freud que, en su tiempo pudieron parecer intrascendentes, iba a desarrollarse una vigorosa fecundación de la Antropología llamada cultural y del estudio del hombre, no en una latitud histórica o geográfica determinada, sino en su máxima universalidad. Para no citar más que el autor que ahora más nos interesa, Erikson, en 1958, aplica esos «métodos de la fisiología y de la patología» que Marañón sugirió muchos años antes que podían servir para entender la historia, a la biografía de Lutero. Es un libro importante. Escuchemos algunas de sus conclusiones; en lo que este autor denomina, con expresión claramente médica, el *metabolismo de las generaciones*.

Cada vida humana comienza en un determinado período y en un determinado nivel de una tradición que está evolucionando. Aporta a ella un capital de energías y de estilos, que emplea para crecer él, a la vez que con ello crece el proceso social y contribuye a este crecimiento. Todo nuevo ser es recibido dentro de un estilo de vida preparado por la tradición y que ésta, por un lado, consolida y por otro

(2) P. LAÍN ENTRALGO: *Vida, obra y persona de Gregorio Marañón*. Introducción a las *Obras completas* de Gregorio Marañón. Espasa-Calpe, Madrid, 1966.

desintegra... Hay una síntesis óptima del yo a la que todo individuo aspira y hay, asimismo, un metabolismo social óptimo que anhelan las sociedades y las culturas. Al describir la interdependencia que existe entre esta aspiración del individuo y este anhelo de la sociedad, estamos describiendo algo que es indispensable para la vida humana.

Señala Laín cómo, entre 1935 y 1936, el médico-historiador Marañón da un paso decisivo: «Pasa a ser historiador sin salvedades ni restricciones, historiador pleno y cabal.» Recuerda el interrogante del ensayo sobre Enrique IV: «¿Qué tienes tú que ver, fisiólogo, con la Histeria?» Hasta entonces, Marañón escribe libros de biólogo. Pero ha surgido en la vida del hombre Marañón una experiencia crucial, experiencia que, por alguna razón secreta, la historia de España suele deparar a sus hijos: la experiencia del exilio. Esto es lo que determina que Marañón, hasta entonces «médico que conoce con rigor la técnica historiográfica», se convierta en historiador hecho y derecho, especialmente versado en el conocimiento científico de la vida humana. Y, concluye Laín con una bella fórmula: «El biólogo historiador se ha convertido, al fin, en historiador biólogo.»

¡La experiencia del exilio! Todos sabemos con qué cariño estudió Marañón la vida de los «españoles fuera de España», singularmente la de Luis Vives. Quizá la primera idea que le llevó a su *Antonio Pérez* fue también su condición de exilado. Desde el destierro cobra mayor agudeza esa alianza profunda que hay entre las vías que llevan al hombre a encontrarse a sí mismo, entre esa necesidad de todo ser humano de descubrir su identidad, esto es, aquella continuidad que le singulariza como ser personal y único y los cauces profundos por los que discurre la historia de su país, la presente, la pasada y la futura.

II

Cuando Mauricio Barrés departía en el cigarral de Marañón sobre el posible secreto de Toledo, quizá lo que más lejos estaba de la mente de ambos era el libro que al primero dio gran renombre y que se titulaba *Les déracinés*, los desarraigados. Era la novela de unos muchachos de provincia que perdieron, en el torbellino de la vida intelectual parisiense, sus raíces en la tierra natal, mejor dicho, en el *humus* del suelo nutricio. Muy lejos estaban ambos de pensar que este tema del «desarraigo» iba a convertirse, en nuestro mundo contemporáneo, en gigantesca fuerza histórica. Está por estudiar todo lo que nuestra cultura, en sus frutos mejores, debe al nostálgico anhelo que tuvieron de recuperar las raíces perdidas gentes que se vieron obligadas a emi-

grar, por persecuciones políticas o por otros motivos, y a intentar implantarse, buscar raíces nuevas sobre un suelo nuevo. Es imposible comprender lo que un discutido gran historiador de nuestros días denomina, paradójicamente, la «historia del presente», sin ahondar en el hecho, que en nuestra época se ha vuelto circunstancia habitual, del «desarraigo». El mismo problema de la juventud, hoy tan debatido, descansa en parte sobre el hecho de que la adolescencia es, como Erikson señala, un período de «desarraigo» fisiológico en el que el joven se ve, como un trapecista, forzado a lanzarse en el vacío del futuro y asegurar con mano firme su futura identidad.

Hizo Marañón la experiencia del exilio—dulcificada por muchas circunstancias, la compañía de esa mujer admirable que es Lola Marañón, su internacional prestigio, su consagración al trabajo profesional y a la investigación histórica—cuando su propia «identidad», su sentimiento de sí mismo, había sido plenamente confirmada por la elevada y justa imagen que sus contemporáneos se habían formado de su valer. Con certera intuición define Laín «el modo suyo de ser y de sentirse español, mediante una consideración sinóptica de los españoles a quienes él más abierta y complacidamente admiró». Los héroes admirados corresponden siempre a esas «identificaciones» que todo joven necesita realizar, a lo largo de su vida, para irse buscando y definiendo a sí mismo, en sucesivas crisis, que le llevan a adquirir esas cualidades fundamentales de la persona humana: sentirse como unidad, como totalidad y como realidad única, original y creadora. Galdós, en su infancia; Menéndez Pelayo y Cajal, en su adolescencia; más tarde Jovellanos, Vives, Feijoo; quizá muchos otros que no sabemos, constituyeron estas sucesivas «identificaciones».

La identidad personal no se logra si no es mediante «crisis». Crisis a veces brutales, dolorosas, crisis profundísimas. El hombre no sigue en el desarrollo de su intimidad una línea continua, regular. Tampoco la historia. Los modernos historiadores rechazan enérgicamente, tal como hace Barraclough (3), la tesis de la continuidad histórica. Recuerda éste una frase de Bertrand Russell: «El Universo está hecho de puntos y de saltos.» También el crecimiento del hombre. Por madura y formada que parezca la personalidad, el exilio, con lo que en él hay de vivencia desarraigante, es motivo para una nueva «crisis de identidad». Crisis fecunda cuando la personalidad es poderosa y descansa sobre un subsuelo firme; crisis patológica, que está en la raíz de males sin cuento que vemos los médicos a diario, sobre todo en Norteamérica y en el resto de Europa. Al sentirse en el exilio con las raíces al aire, el

(3) G. BARRACLOUGH: *An Introduction to Contemporary History*. C. A. Watts y Co. Londres.

hombre, por bien afinado que esté en la vida, siente la necesidad de ahondar de nuevo en el *humus* de la patria. En su historia. Así veo yo los libros que Marañón escribe a partir de su estancia en París; como tentáculos subterráneos con los cuales rehacer, en un plano más profundo, no ya su propia identidad, que parece no necesitarlo, pero sí eso que con ella va intrínsecamente unido: la identidad de su patria, la identidad de España.

También la historia de las naciones puede concebirse como una busca, a través de crisis, en ocasiones dramáticas y sangrientas, de la propia identidad, de una unidad central, creadora, totalizante. En la que se integra todo lo valioso, se armoniza todo lo disperso y heterogéneo, en la que se intenta llegar a ese ideal de la totalidad en la diversidad que es tan difícil de alcanzar. A primera vista parece que Marañón, al escribir su *Antonio Pérez*, trata tan sólo de utilizar su forzosa ausencia de España para —gran trabajador— llenar algún tiempo disponible. Creo esta interpretación superficial. Cuando leí por primera vez *Antonio Pérez*, hace muchos años, lo hice con la admiración un poco distraída de quien contempla un curioso friso de personajes de otro tiempo, de escaramuzas políticas, una descripción llena de vida y penetrantes, de psicologías, un esclarecimiento metódico y ejemplar de zonas oscuras del pasado hispánico. Lo he vuelto a releer ahora, veintitrés años después de su aparición. Una serie de lecturas y de experiencias me habían sensibilizado para ver en este libro una obra mucho más importante de lo que yo había pensado. Importante, es menester aclararlo, no desde el punto de vista histórico, en el que declaro mi absoluta incompetencia, sino en lo que me afecta como español que, también en «proceso de identidad», se busca a sí mismo tratando de comprender los enigmas, nada simples, que su país ofrece.

He escrito en mi ensayo sobre «Rilke en Andalucía»: «Hay en la vida del hombre de genio una hora emocionante: aquella en la que, en la proximidad de la muerte, realiza su obra más misteriosa y a la vez más insigne y clara» (4). Y recordaba las últimas pinturas de Goya, los últimos quintetos de Mozart, las últimas poesías de Goethe, de Machado. Confieso no haber recordado estas palabras mías cuando, pocos días después de su muerte, recibí con una emocionada tarjeta de Dolores Moya de Marañón y con no menos emoción por mi parte, un ejemplar de *Los tres Vélez*, «su último libro, corregido por él». Me permito sugerir, consciente de mi nula autoridad como crítico y como historiador, que en este libro está la clave que explica los motivos profundos que llevaron a Marañón a ocuparse de la figura del discutido y aventurero secretario de Felipe II. Fijémonos, ante todo, en el sub-

(4) *Entre el silencio y la palabra*. Aguilar, 1960.

título, bien curioso: «Una historia de todos los tiempos». Después, en la introducción, su autor, con denuedo, afirma que lo que vuelve un libro interesante para los demás es que haya sido escrito para uno mismo. Al final de la misma nos dice que los tres Vélez representan prototipos de tres épocas culminantes de la vida española que, «aunque ya lejanas, siguen operando sobre la actualidad de hoy». Recordemos que cada uno de estos Vélez se distingue por intervenir, de manera más o menos decisiva, en tres sucesivas «crisis de identidad» de la historia de España. El primer marqués de Vélez es el que muestra, con claridad mayor, un rasgo típico de crisis. Cuando vacila, en un principio, entre su simpatía por el movimiento de los comuneros y acaba abandonándolos y decidiéndose a tomar el partido de Carlos V, y en forma activa, acudiendo por propia iniciativa a yugular la rebeldía de las germanías en Valencia.

El segundo Vélez, guerrero de talla y fuerzas descomunales, interviene en otra «crisis de identidad», en la guerra de los moriscos, lo que da motivo a Marañón para ponerse, una vez más, como hace al enjuiciar la rebelión de los comuneros, al lado de las fuerzas de unificación, aun reconociendo la pérdida de aptitudes técnicas y en capacidades agrícolas que significaba la expulsión de una raza laboriosa y afincada en el terruño. Las discrepancias en los historiadores cuando enjuician ambas «crisis de identidad» demuestran que, como adelanta Marañón en el prólogo, se trata de cuestiones que «aunque lejanas, siguen operando sobre la actualidad de hoy». Todavía España, en nuestros días —¿y por qué no iba a estarlo, ya que ello es muestra de vitalidad y de horizontes históricos?— sufre, en medida más honda de lo que pensamos, de una aguda «crisis de identidad». Para comprender la cual, en todas sus enmarañadas y prolongadas raíces, importa mucho el recuerdo y debate de las que, en remotos siglos, precedieron a la actual.

Lo que lleva a Marañón a ocuparse de don Pedro Fajardo y Córdoba, tercer marqués de los Vélez, es, en fin de cuentas, su intervención en las intrigas que precedieron al asesinato de Escobedo y, por consiguiente, en el gran pleito histórico que opone a Felipe II contra su secretario Antonio Pérez. ¿Puede hablarse aquí de «crisis de identidad»? Creo que sí y aun a riesgo de impertinencia voy a exponer las razones de mi sospecha.

Antes, he de reconocer que tiene cierta justificación la desconfianza que los historiadores oponen a la intromisión en su campo de los psicoanalistas con sus interpretaciones. No cabe duda que si estas interpretaciones se formulan en forma de pedante descubrimiento o de realidad inconcusa, tal desconfianza es más que legítima. Pero, en reali-

dad, en la clínica, la «interpretación» que el médico hace difiere—lo que no han advertido quienes las equiparan como Ricoeur a la labor de la hermenéutica—de toda otra interpretación. Ya que con ellas no se trata nunca de «establecer una verdad» o de «pretender hallar una verdad», sino de *suscitar una reacción emocional* en el interlocutor, en la «otra persona» que permita a ésta calar a zonas más profundas de aquellas en que habitualmente se mueva y, una vez instalado en estas zonas, a las cuales nunca hubiese llegado sin esta interpretación imperdiente y de «sorpresa», *por el mismo*, es decir, *por sus propios medios*, hacer que se alumbre en su espíritu una nueva verdad. El intérprete de lo que hoy empieza a llamarse «psicohistoria» no pretende—esta es al menos mi opinión—ver los hechos históricos de otra manera que la habitual sino, a veces por los mecanismos de *la sorpresa escandalizante*, inducir al verdadero conocedor de estas cuestiones, al historiógrafo, a moverse en planos más profundos de la realidad, distintos de los que habitualmente maneja (5).

En este sentido—y únicamente en este sentido—me parece más que interesante, «provocadora», la interpretación que mi buen amigo y colega, el doctor Cremerius, que dirige en la Universidad de Giessen la policlínica psicosomática, hizo hace dos años de la personalidad de Felipe II. Su trabajo se titula: *Die Reaktionsbildung im Leben Philipps II und ihre Bedeutung für das Schicksal Spaniens*. Bien se que este trabajo no dejará de suscitar, por parte de los historiadores, críticas, en parte justificadas, en parte también debidas a motivaciones irracionales, esto es, inconscientes. Vuelvo a repetir que lo que me interesa de las afirmaciones de Cremerius es su valor de «estímulo» y que su importancia ha de medirse tan sólo en función de las múltiples respuestas, irritadas o confirmativas, que ha de suscitar. Por de pronto, a mí me ha servido para darme cuenta de que el *Antonio Pérez* de Gregorio Marañón no es únicamente una interesante aportación a un viejo pleito histórico sino que ilumina, paralelamente, entrañables recovecos de nuestras antiguas, presentes y futuras «crisis de identidad» y también la personalidad de Gregorio Marañón (6).

III

Veamos cómo en 1947 el historiador biólogo Gregorio Marañón, que, pese a que va a encontrarse alguna vez con Segismundo Freud en París, en casa de la princesa de Bonaparte, no simpatiza mucho

(5) Es justo señalar que uno de los historiadores españoles más sensibles a estos planos profundos de la realidad ha sido Américo Castro.

(6) J. CREMERIUS: *Die Reaktionsbildung im Leben Philipps II und ihre Bedeutung für das Schicksal Spaniens*. *Psyche*, XXII, 118, 1968.

con el psicoanálisis, anticipa, en cierto modo, la tesis de Cremerius. Dice (p. 251 de Antonio Pérez):

Felipe había crecido en un ambiente de admiración mítica a su padre. En sus largas conversaciones, de niño, con su madre la emperatriz, ésta le repetía las hazañas remotas de Carlos por todos los ámbitos de la tierra: que casi toda era suya. Después, la aureola que encontró en torno de Carlos, cuando le conoció, su popularidad, su don de gentes, su poderío, su misma renuncia al poder—lo típico del varón fuerte—crearon en la mente de Felipe una concepción maravillosa de su progenitor. Pero esta ilimitada admiración, es seguro que escondía el resentimiento de su propia incapacidad para igualarle...

La tesis de Cremerius es que toda la vida de Felipe II hay que interpretarla en función de una intensa «formación reactiva», es decir, de mecanismos de defensa, muy poderosos e inconscientes, frente a sentimientos de hostilidad no sólo contra su padre, Carlos V, sino contra todo lo que éste significa: ímpetu, goce expansivo en el disfrute de la vida, grandeza en la rivalidad caballeresca, conquista de la mujer, afán de poseer, de disfrutar de la existencia. Por su parte, Marañón, nos describe cómo la «fragante y sensual impetuosidad del Renacimiento», las «gracias físicas que pródicamente derramó la Naturaleza sobre él» convertían a Don Juan de Austria, el bastardo, «alanceador de toros, jinete intrépido..., gran bailarín, de labia rendida con las mujeres, altivo con los hombres...», en «el héroe incómodo». No está, pues, muy lejos Marañón de sospechar que en eso que él llama resentimiento de Felipe II contra Carlos V y contra Don Juan de Austria hay raíces muy profundas (7).

No me es posible, por falta de espacio, exponer en todo su detalle la argumentación de Cremerius, muy bien documentada. La defensa inconsciente frente a los impulsos mortíferos contra la figura paterna producen, por una parte, una inhibición del desarrollo de la persona, que cada vez se circunscribe más a actuaciones minuciosas, puntillosas, a una desconfianza sistemática, a una pérdida de toda espontaneidad, a una vacilación incesante—de consecuencias fatales para los destinos de España—, a una huida de la sexualidad y a una crueldad

(7) Quizá Antonio Pérez, hombre también galante, derrochador y amigo del buen vivir, representó para Felipe II una figura en la que proyectar, lo que un psicoanalista de nuestros días llamaría un «objeto malo» interior. Se adaptaba muy bien a lo que necesitaba; por un lado, una figura algo similar a la del padre, en apariencia venerado y, subconscientemente, odiado y, por el otro, servía para, tratando de liberarse de él, liberarse al propio tiempo de su disociación íntima, de la parte «mala» que sentía en su propia persona; esto es, de aquello que, pese a sus múltiples e interminables confesiones, no le podían aliviar los clérigos de su tiempo. Como siempre ocurre, esta «proyección» sobre una figura, a la vez adorada o admirada y detestada, no sirve para desembarazarse del conflicto inconsciente que es tenaz, repetitivo, insaciable.

sádica. Pero lo más importante es que todo ello va acompañado de *inconscientes sentimientos de culpa*, de los que no se consigue liberar —por ejemplo, en los últimos meses de su vida— ni siquiera con las interminables y repetidas confesiones, que duran semanas y semanas y que, naturalmente, no alivian para nada un sentimiento que, por inconsciente, yace fuera del alcance de la acción del sacerdote.

El estudio del inconsciente ha permitido descubrir que, tras un aparente deseo de glorificar a la figura amada, funciona, de manera implacable, un impulso destructor. En apariencia, Felipe II hace todo lo posible por mantener el imperio que hereda de su padre. Pero en la realidad, apoyado por las circunstancias históricas, consigue desbaratarlo. Cremerius rechaza la objeción que brota, naturalmente, del historiador. Sí, es cierto, en todos estos problemas inconscientes siempre hay una o muchas otras verdades históricas innegables en la superficie. Pero, además de ellas, subterráneamente, hay unos impulsos que las administran, con tal diabólica destreza, que su intervención llega a pasar inadvertida.

Lo mismo ocurre con el enmarañado proceso de Antonio Pérez. Pese a la simpatía de éste, de la que todos se hacen lenguas, observa Marañón que

...es mucho más difícil de explicarse la entrega de un rey que pueda ser tachado de todo menos de frivolidad.

Y agrega:

...resulta extraordinario que hiciera entrega de lo más sagrado para él, después de Dios, el secreto de Estado, a un joven de origen turbio cuyos primeros pasos en la vida le acreditaban de zascandil.

(P. 47, 1.^a ed.)

Sería muy interesante, pero no me queda espacio para ello, comparar esta singular amistad del rey con su privado, que fue después seguida de una persecución, con uno de los casos más curiosos de la historia contemporánea, que sacudió hace pocos años la conciencia de un gran país, de Norteamérica; el conocido caso de Chambers y de Hiss. En el verano de 1948, Whittaker Chambers, uno de los editores de la revista *Time*, acusa públicamente a Alger Hiss, alto cargo del Departamento de Estado, de haber pertenecido a una célula comunista. El «asunto Chambers-Hills» conmueve a todo el país, es discutido en sus más elevados círculos y tribunales, se publican sobre él libros y más libros. Al final, Hiss es condenado y, poco después, Chambers muere, según se dice, de un infarto de miocardio, pero probable-

mente por suicidio. En 1967, un psicoanalista, Meyes A. Zeligs, recogió en un libro de cerca de quinientas páginas datos y documentos que ponen de manifiesto las motivaciones subterráneas que convirtieron una estrecha amistad en un acto de autodestrucción. La clave la daba el haber traducido Chambers, con significativos errores de traducción, una novela de Franz Werfel, *Class Reunion*, cuyo tema es que un hombre no sólo puede destruir a otro por medios refinados, sino que la finalidad oculta es el sentimiento de culpa que le induce a destruirse a sí mismo destruyendo a su más íntimo amigo. El título del libro de Zeligs, *Friendship and Fratricide (Amistad y fratricidio)* (8), ¿no podría aplicarse también, salvando, naturalmente, las muchas diferencias entre ambas situaciones, al apasionante pleito que comienza por unir en singular amistad al rey Felipe II y a su privado, para llevar poco a poco a la destrucción de ambos? Los famosos «papeles secretos» que con habilidad manejó Antonio Pérez desde su refugio en Aragón y desde el extranjero para salvar su vida, le hacen exclamar a Marañón, al final de su libro:

¡Qué sino trágico el de estos papeles! Ellos aceleraron la muerte de don Juan de Austria; causaron la de Escobedo y todas las que se derivaron de su asesinato; hicieron que Antonio Pérez padeciera muchos años en la cárcel y que muriera en el destierro y que su mujer y sus hijos sufrieran una injusta y larga prisión; acarrearón agitaciones, guerras y crímenes en España; contribuyeron a la muerte en el cadalso de don Rodrigo Calderón; amargaron los últimos años del reinado de Felipe II y proyectaron una sombra, que nadie podrá desvanecer, sobre la memoria de hombre y de Rey, del Austria...

Hoy, después de leer en el libro de Zeligs con qué diabólica sutileza el subconsciente humano puede poner a su servicio las más refinadas instituciones jurídicas, burlar los dispositivos legales mejor organizados, enmascarar la verdad, hacer aparecer blanco lo que es negro y, además, cuán difícil resulta averiguar una verdad en hechos que acaban de ocurrir y sobre los que se dispone de toda la información posible, tenemos motivos para preguntarnos: «¿Fueron realmente estos «papeles» los del sino trágico? ¿No encubren ellos eso que Cremerius nos revela un subconsciente real de refinadísima complicación, sobrecargado de sentimientos inconscientes de culpabilidad, cuyo alcance él mismo ignora y que determinan todo, desde la manía de coleccionar reliquias, las persecuciones, los crímenes, hasta las derrotas exteriores, bajo la apariencia de una administración pulquerrima y minuciosa?» Los historiadores tienen la respuesta a este planteamiento audaz del

(8) MEYER A. ZELIGS: *Friendship and Fratricide. An analysis of Whittaker Chambers and Alger Hiss*. Viking Press, Nueva York, 1952.

problema por un psicoanalista. Al que, naturalmente, no podemos seguir cuando trata de ampliar sus conclusiones para explicar la decadencia del Imperio de los Austrias (9).

Pero volviendo a Gregorio Marañón, ¿no tenemos ahora, en esta última obra, *Los tres Vélez*, historia, no lo olvidemos, *de todos los tiempos*, una importante clave que nos muestra cómo en los últimos días de su vida, Marañón continúa tratando de bucear en el problema de la «identidad española»? Al final de este libro habla Marañón de

... las gentes aviesas, rencorosas, reventando de envidia y de resentimiento, que han dejado una huella tan triste de lo que era, en tiempos del hijo de Carlos V, la capital de las Españas.

Pone, con estas palabras, el dedo en la llaga.

IV

La objeción más importante contra la interpretación de los hechos históricos partiendo de la psicología de sus protagonistas es que existen muchas y otras múltiples causas, de orden económico, político, social, etc., que son las que realmente marcan el rumbo. Esto es cierto, evidentemente. Pero una de las enseñanzas de los últimos tiempos es que los acontecimientos, tanto personales como colectivos, están siempre plurideterminados, obedecen a la convergencia, no tan misteriosa como a primera vista parece, de causas y concausas. Así, el fenómeno del luteranismo que, de manera exhaustiva, ha estudiado entre nosotros el jesuita Ricardo García-Villoslada, ¿qué duda cabe que queda iluminado con nueva y vigorosa perspectiva después del libro que al joven Lutero dedica el psicoanalista Erik H. Erikson? No ya con lo que antes se consideraba suficiente, con el análisis del carácter, sino con el estudio de las vicisitudes de la infancia de Lutero y de sus crisis de identidad (10). Por eso nos parece hoy tan ingenuo el último capítulo de la obra de Pfande sobre Felipe II, consagrada a su psicología

(9) Cremerius lleva su argumento demasiado lejos, arrastrado a su turno, inconscientemente, de valoraciones subjetivas que conciernen a problemas personales. Piensa que Felipe II, al dar, por decirlo así, rúbrica real al rencor inconsciente contra todo lo que supone vida, plenitud de los instintos, ardor generoso, relación abierta y amplia con las bellezas y goces del mundo, todo lo cual constituye una de las bases primeras para que se despliegue el afán de conocimiento y, por tanto, la ciencia, deja ya bloqueada la historia ulterior de España dentro de una mentalidad en la que, de manera insidiosa, se continúa la acción paralizante y autodestructora.

(10) ERIK H. ERIKSON: *Young Man Luther. A Study in Psychoanalysis and History*. Faber y Faber. Londres, 1958. *Insight and Responsibility. Lectures on the Ethical Implications of psychoanalytic Insight*. Faber y Faber. Londres, 1964.

y que, aparte manejar conceptos ya periclitados, gira alrededor del tema de si este rey fue o no una personalidad anormal. Hoy sabemos que las fuerzas que mueven, en sus secretos arcanos, la vida de los hombres más normales no difieren de las que determinan su patología y que no tiene sentido trazar una barrera entre ambas, fuera de la clínica (11).

Otros argumentadores se extrañan de que las vicisitudes tormentosas de un alma individual lleguen a tener alcance y repercusión histórica, aun cuando su escenario sea una personalidad que gobierna el destino de sus contemporáneos. Pero la historia contemporánea nos ha mostrado cómo, en ocasiones, paralelamente a esas «crisis de identidad» con la que el monarca o el déspota trata de compensar, liquidar o neutralizar deficiencias básicas de su niñez, fallas graves de su constitución psíquica—tal ocurría, por ejemplo, en ese Tiberio tan bien estudiado por Marañón— se producen, en sus contemporáneos, crisis similares, por lo menos en gran número de ellos. Y es entonces cuando la actuación, en apariencia vestida de sabiduría política de sagacidad militar, del protagonista de la historia cobra una fuerza irresistible, arrolladora. El nacimiento del nacional-socialismo en Alemania constituye un buen ejemplo de lo que acabo de decir y las numerosas biografías y estudios consagrados a la personalidad de Hitler dejan por lo general de lado el engarce que existía entre la «crisis de desarrollo» que a éste le llevó primero a la gloria y después a la destrucción, con procesos similares, y no siempre de orden patológico, que estaban sucediendo en ese momento en la juventud alemana.

Baste lo dicho para señalar cómo Marañón se anticipó en sus estudios históricos a su tiempo, cómo también se había anticipado a corrientes actuales de la medicina. Tiene esto para nosotros importancia trascendental. Ya que, en nuestra época, como en la de Lutero, y en la de Antonio Pérez, existe también una muy difundida crisis de identidad, un *vacío*, como señala Erikson, con sus temores inconscientes, con sus angustias, con su terror ante una *nada* que ya ni la fe ni la esperanza pueden llenar. Es en estos momentos—continúa diciendo— en que el hombre está sobrecogido por los nuevos descubrimientos e invenciones, angustiado por la bancarrota de instituciones como la familia o la Universidad en las cuales las élites directivas anclaban su identidad colectiva, es cuando se presenta el riesgo de que los profun-

(11) PFANDEL, en su libro sobre Felipe II, se inventa una psicología *ad usum Delphini*, más que anacrónica, caprichosa. En su afán panegirista sólo recoge las grandes realizaciones históricas del segundo Austria—que nadie niega— y su escrupulosidad es interpretada como un mérito, como lo es, en efecto, en un investigador. Ignora PFANDEL que el diagnóstico de normalidad o anormalidad hoy importa menos que el desvelamiento de las motivaciones inconscientes que intervienen en todo ser humano.

dos conflictos y las dotes que de ellos se derivan en personajes de excepción, en líderes políticos hagan que éstos sean *escogidos inconscientemente* por contemporáneos, que presentan conflictos similares, parecidas necesidades secretas, ávidas de encontrar satisfacción. Y, de esta suerte, una vez más, surja en la historia esta alternativa. O bien predominan en esta alianza las energías constructoras o, por el contrario, en ella se potencian mutuamente las fuerzas de autodestrucción.

Permítaseme recordar mis palabras de hace diez años. Marañón representó a la vez «esa España que adopta una actitud digna para ocultar sus emociones, la que no quiere verlas y examinarlas», pero también una España nueva, «que examina y analiza, sin miedo, sin temores estúpidos a que la luz pueda cegar o confundir». Este es el gran cambio que caracteriza la mentalidad de nuestro tiempo. Que no sólo piensa que es absolutamente necesaria esta iluminación implacable de las simas para evitar catástrofes históricas que nos amagan, sino que aspira, a través de la armonización de todas las posibilidades, positivas y negativas, que hay en el alma de los hombres y de las naciones, a llegar a esa integridad que garantiza, en los hombres y en los pueblos, la salud. Decía yo entonces que, con su muerte, Marañón iniciaba su segunda salida por la historia de España. Cantan ya nuestros niños, por las calles, como si fuesen canciones de romancero, los versos de Antonio Machado:

*Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza...*

Marañón, biólogo historiador primero; después historiador biólogo, ya es él sustancia misma de nuestra historia. Caballero andante frente a las fuerzas de destrucción que corren por nuestro subsuelo histórico, hasta ahora las ha vencido con su generosidad intachable, con su gran amor a España. Lo mismo que Antonio Machado, Marañón, que tanto amó a España, que tanto se preocupó de su historia, es hoy no sólo una gran figura de la España pretérita, sino España misma. España en carne y hueso.

JUAN ROF CARBALLO
Peguerinos, 19
Ciudad Puerta de Hierro
MADRID